MI KEPIS

Esta mañana lo encontré, olvidado en el fondo de un armario, lleno de polvo, con un ribete de grasa en los bordes, deslucidas las cifras, sin color y casi sin forma. Al verlo, no pude por menos de echarme á reir...

—¡Caramba! mi kepis...

Y en seguida me acordé de aquella jornada de fin de otoño, cálida por el sol y el entusiasmo, en la cual bajé á la calle, orgulloso de mi nueva prenda de cabeza, tropezando

con mi fusil en todos los escaparates, para formar en los batallones del distrito y cumplir con mi deber de soldado ciudadano. ¡Ah! Quien me hubiese dicho que no iba yo á salvar á París, á libertar á Francia por mí solo, ese tal de seguro que se hubiera expuesto á recibir dentro del estómago todo el hierro de mi bayoneta...

¡Teníase tanta fe en aquella guardia nacional! En los jardines públicos, en las plazas ajardinadas, en las avenidas, en las encrucijadas, formábanse las compañías y se numeraban, alineándose las blusas entre los uniformes, alternando las gorras con los kepis, pues era grande la premura. Nosotros nos reuníamos todas las mañanas en una plaza con soportales bajos y anchas puertas, llena de brumas y de corrientes de aire. Después de la lista, esos centenares de nombres ensartados como un rosario grotesco, empezaba el ejercicio. Con los codos junto al cuerpo y los dientes apretados, partían las secciones á paso de carga: *¡media vuelta á la izquierda, media vuelta á la derecha, doble derecha, doble izquierda!* Y todos, grandes y chicos, los figurones, los valetudinarios, los que llevaban el uniforme con recuerdos del teatro del Ambigú, los simplotes cinchados con altos cinturones azules que les daban aspectos de seises de coro, marcábamos el paso, girábamos sobre nuestros talones, con arranque, con verdadera convicción...

Todo esto hubiera sido muy ridículo sin el bajo profundo de los cañonazos, ese acompañamiento continuo, que daba seguridad y soltura

á nuestras maniobras, redondeaba las voces de mando agudas en demasía, atenuaba las torpezas y las equivocaciones; y en ese gran melodrama del sitio de París hacía las veces de esas cajas de truenos de los escenarios líricos, que sirven para dar color patético á las situaciones en el teatro.

Lo mejor era cuando subíamos á las murallas. Aún me veo, en una de esas madrugadas brumosas, pasar con marcial apostura por delante de la columna de Julio y hacer á ésta los honores militares. *¡Presenten, armas!...* Y esas largas calles de Charonne llenas de gente del pueblo, esos enlosados escurridizos donde á duras penas podía marcarse el paso. Luego, al acercarnos á los bastiones, nuestra banda de tambores tocando paso de

carga. *¡Plan, plan, rataplán!...* Me parece que estoy allí... En verdad, que era pasmosa aquella frontera de París, los verdes terraplenes excavados para las baterías, animados por las tiendas armadas, el humo de los vivacs y esas siluetas disminuidas que vagaban por allá arriba, sobresaliendo por encima de los montones de sacos de tierra nada más que los pompones de los kepis y las puntas de las bayonetas.

¡Oh! ¿Y mi primera guardia nocturna, aquella carrera á tientas entre las tinieblas y entre la lluvia, la patrulla tropezando y cayendo á lo largo de los taludes mojados, desperdigándose en el camino y dejándome á mí solo el último, asomado sobre la puerta de Montreuil, á una altura formidable? ¡Vaya una noche de perros aquella! Entre el pro-

fundo silencio reinante en la ciudad y en el campo sólo se oía el viento circulando en torno de las murallas, haciendo encorvarse á los centinelas, llevándose las consignas, y traqueteando los vidrios de un vetusto reverbero allá abajo, en el camino de ronda. ¡Demonio de reverbero! A cada momento me parecía oir arrastrarse el sable de un hulano, y me quedaba quieto, con el fusil montado y el *¡quién vive!* en la punta de la lengua... De pronto volvíase más fría la lluvia. El cielo iba aclarándose sobre París. Se veía destacarse una torre, asomar una cúpula. A lo lejos rodaba un coche, tañía una campana. Despertábase la gigantesca ciudad, y en su primer estremecimiento matutino derramaba un poco de vida á su alrededor. Al otro lado del terraplén

cantaba un gallo... A mis piés, en el camino de circunvalación, aún á oscuras, oíase un ruido de pasos, un sonsonete de entrechocarse cosas de hierro. Y á mi *¡alto! ¿quién vive?* lanzado con una voz terrible, respondía, subiendo hacia mí desde la niebla, una vocecilla tímida y temblorosa:

—¡Vendedor de café!

¡Qué queréis! Estábamos entonces en los primeros días del asedio, y nosotros, pobres milicianos sencillotes, creíamos que los prusianos, atravesando bajo los fuegos de los fuertes, iban á llegar hasta el pié de la muralla, arrimar sus escalas y trepar la noche menos pensada en medio de los hurras y de los cohetes rasgando las tinieblas... ¡Con esas figuraciones, imaginaos si se darían alertas! Casi todas las no-

ches había aquello de «¡á las armas, á las armas!», despertar sobresaltados, corridas tumultuarias á través de los derribados pabellones de fusiles, oficiales despavoridos, gritándonos: «¡Tranquilidad, sangre fría!» para tratar de adquirirlas ellos mismos; y luego, llegado el día, notábase que la causa de todo esto era un jaco matalón escapado, estirando las patas sobre las fortificaciones y rumiando la hierba del terraplén, sin sospechar que él sólo había hecho el papel de un escuadrón de coraceros blancos y servido de blanco á todo un bastión puesto en armas...

Todo esto me recuerda mi kepis: un enjambre de emociones, de aventuras, de paisajes; Nanterre, la Corneuve, Moulin-Saquet y ese deleitoso rinconcito de Marne donde el intrépido 96.º entró en fuego por primera y última vez. Frente á nosotros estaban las baterías prusianas, instaladas al borde de un camino tras de un bosquecillo, como uno de esos tranquilos lugarejos cuyo humo se ve á través de las ramas. En la vía férrea, al descubierto, donde nuestros jefes nos habían olvidado, llovían las granadas con choques retumbantes y chispas siniestras... ¡Ah, pobre kepis mío! Aquel día no fuiste demasiado temerario, é hiciste muchas veces el saludo militar, hasta más abajo de lo conveniente.

¡No importa! Estos son amenos recuerdos, un poco grotescos pero con su penachito de heroismo: ¡si no me trajeses otros á la memoria! Desgraciadamente hay también los de las noches de guardia dentro de

París, los puestos en las tiendas desalquiladas, la asfixiante estufa, los bancos de hule, las facciones monótonas á las puertas de las alcaldías de distrito delante de la plaza mojada con ese lodazal de invierno que refleja la ciudad en sus arroyos, el servicio de policía urbana, las patrullas en los charcos de agua, los soldados á quienes se detenía borrachos y perdidos, las prostitutas, los rateros; y esas madrugadas grises en que regresaba uno á su casa con una careta de polvo y de fatiga, con olores de pipa, de petróleo y de sargazos viejos adheridos á las ropas. Y las largas jornadas estúpidas, las elecciones de oficiales llenas de disputas y de chilindrainas de compañía, los ponches de despedida, las rondas de copas, los planes de batalla ex-

plicados en los veladores de café por medio de cerillas, los votos, la política y su hermana la santa divagación, aquella inactividad que no sabía en qué ocuparse, aquel tiempo perdido que os envolvía como una atmósfera ligera en que daban ganas de agitarse y de gesticular. Y las cazas de espías, las desconfianzas absurdas, las confianzas exageradas, la salida en masa, el portillo, todas las locuras y todos los delirios de un pueblo aprisionado. He aquí lo que encuentro al mirarte, espantajo de kepis. Tú también tuviste todas aquellas locuras. Y si al día siguiente de lo de Buzenval no te hubiese tirado á lo alto de una alacena, si hubiera hecho como tantos otros que se han obstinado en guardarte, en adornarte con siemprevivas y galones de oro, en con-

tinuar siendo números descabalados de batallones disueltos, ¡quién sabe á qué barricada habrías concluido por arrastrarme!... ¡Ah! Decididamente, kepis de motín y de indisciplina, kepis de pereza, de borrachera, de club, de necedades, kepis de la guerra civil, no mereces ni siquiera el rincón de desecho que te había permitido conservar en mi casa.

¡A la espuerta de la basura!...

EL TURCO DE LA COMMUNE

Era un tamborilerito de tiradores indígenas. Se llamaba Kadur, procedía de la tribu del Djeudel, y formaba parte de ese puñado de turcos que se refugiaron dentro de París con el ejército del general Vinoy. Había hecho toda la campaña, desde Wissemburgo hasta Champigny, atravesando los campos de batalla como ave de tormenta con sus sonajas de hierro y su *derbuka* (tambor árabe), tan vivaracho, tan in-